

imperio. Decio, enviado por el emperador Filippo con título de su lugarteniente en la Panonia (Hungria), corrompió las legiones, y á su frente vino á atacar á su amo, que vencido fué degollado por sus propios soldados en Verona (249). El trono fué pues de nuevo recompensa de un crimen. Decio alimentaba en su corazon un odio el mas salvaje contra los cristianos, é inauguró su reinado con un edicto sangriento contra los fieles, dirigido á todos los gobernadores de las provincias. Esa fué la señal de la séptima persecucion general de la Iglesia. La primera victima fué san Fabian, que fué decapitado el 20 de enero de 250; ilustró un pontificado de catorce años con sus trabajos y piedad. Desde su promocion habia cuidado de traer á Roma desde la Cerdeña el cuerpo de Ponciano, antecesor de Anthero, que habia muerto en aquella isla, y que fué inhumado en el cementerio de Calixto. Hizo levantar gran número de altares sobre los sepulcros de los mártires, y encomendaba notar con cuidado el día de su muerte para celebrar su memoria. Estableció con el mismo objeto siete subdiáconos para cuidar de la redaccion de las actas de los santos mártires. Baronio le atribuye la conversion y bautismo del emperador Filippo y su hijo. Celoso por la conservacion del depósito de la fe, escribió muchas cartas para refutar y comprimir la herejía de Privato, obispo de Lambesis en la Numidia. La historia no nos ha conservado relacion alguna sobre la naturaleza de esta herejía. San Cipriano solo nos dice que Privato fué condenado y depuesto por sus crímenes en un concilio de noventa obispos, celebrado en Lambesis, colonia de la Numidia romana, y confirmado por las cartas y autoridad de san Fabian. Encontraremos muy pronto el nombre de Privato en el cisma de Novato contra san Cipriano en Cartago. San Fabian distribuyó con regla los recursos que la caridad de los fieles ponía en sus manos para alivio de los pobres: y encargó de su distribucion á siete diáconos de la Iglesia romana, señalándoles á cada uno dos de los catorce cuarteles de la ciudad. Tales son los detalles que nos suministra el *Libro pontifical* acerca de los trabajos de san Fabian.

CAPITULO XII.

SUMARIO.

§ I. LA SANTA SEDE ROMANA VACANTE (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. Carácter de la séptima persecucion general bajo el mando de Decio (250). — 2. Mártires en Roma, Jerusalem, Antioquia, Alejandria, etc. — 3. Mártires de Asia. — 4. Interrogatorio de san Acacio, obispo de Antioquia en la Pisidia. — 5. Defecciones en Cartago — 6. *Thurificati, Sacrificati, Libellatici, Lapsi*. Billetes de recomendacion de los mártires. — 7. Carta de Luciano, confesor en Cartago, á san Cipriano, relativamente á la cuestion de los apóstatas. — 8. Respuesta del clero de Roma á san Cipriano relativamente á los apóstatas. — 9. Cisma de Felicísimo y de Novato en Cartago.

§ II. SAN CORNELIO, PAPA (2 de junio de 251-14 de setiembre de 252).

10. Eleccion del papa san Cornelio (2 de junio 251). — 11. Novaciano, primer antipapa. — 12. Muerte de Decio (251). Fin de la séptima persecucion general. San Pablo, primer ermitaño. — 13. Concilio de Cartago (252). Tratados de san Cipriano: *De lapsis, De unitate Ecclesie*. — 14. Concilio de Roma. — 15. Segundo concilio de Cartago, bajo san Cipriano (252). Cisma de Fortunato en Cartago. — 16. Confesion, destierro y muerte de san Cornelio (14 de setiembre de 252).

§ III. PONTIFICADO DE SAN LUCIO (28 de octubre 252-14 de marzo de 253).

17. Eleccion, pontificado y muerte del papa san Lucio I. — 18. Muerte de Orígenes. Dudas acerca de su ortodoxia.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN ESTÉBAN I, PAPA (253-257).

19. Eleccion del papa san Estéban I. — 20. Peste universal (253-260). — 21. Caridad de los fieles. — 22. Cartas y decisiones de san Cipriano sobre diversos asuntos de su tiempo. — 23. Cuestion del bautismo de los herejes. — 24. Concilio de ochenta y cinco obispos en Cartago (1º de setiembre de 256). — 25. Octava persecucion general de la Iglesia. Martirio del papa san Estéban I (257).

§ V. SAN SIXTO II, PAPA (24 de agosto de 257-6 de agosto de 258).

26. Eleccion del papa san Sixto II. Fin del negocio de los rebautizantes. — 27. Martirio de san Cipriano en Cartago. Principales mártires de la octava persecucion general en las diversas provincias del imperio. — 28. Martirio de san Cirilo, niño de Cesarea en Capadocia. — 29. Martirio del papa san Sixto II (agosto de 258). — 30. Martirio de san Lorenzo. — 31. Fin de la octava persecucion general.

§ I. LA SANTA SEDE ROMANA VACANTE (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. La séptima persecucion general entró con tanta violencia, que no le fué posible á la Iglesia de Roma reunirse para

nombrar sucesor al último papa, san Fabiano. Con la elevacion de Decio al imperio coincidió la publicacion del edicto de proscripcion remitido á todos los gobernadores de las provincias. El nuevo príncipe declara en él, « que resuelto á tratar con » clemencia á todos sus súbditos, encontraba un obstáculo en » la secta de los cristianos, los cuales por su impiedad acar- » reaban la ira de los dioses y todas las calamidades del » imperio. Mandaba pues que todo cristiano, sin distincion de » clase ó condicion, sexo ó edad, estuviese obligado á sacrifi- » car en los tēplos: que los que rehusaran hacerlo fuesen » encerrados en las cárceles del Estado, y sometidos desde » luego á menores suplicios, para vencer poco á poco su cons- » tancia, y en fin, si persistían en su obstinacion, fuesen pre- » cipitados al mar, echados vivos á las llamas, arrojados á las » fieras, colgados de los árboles para servir de pasto á las aves » carnívoras, ó despedazados de mil maneras con los mas » crueles tormentos. » El nuevo edicto, leído públicamente en el campo de los pretorianos, se fijó en los muros del Capitolio, y sucesivamente en todas las ciudades, villas y aldeas del imperio. Esta persecucion se hallaba revestida, dice san Agustín, de un carácter particular. « Los perseguidores, dice este santo » Padre, habian reconocido que cuantos mas cristianos conde- » naban á muerte, mas renacian de su sangre: temian despo- » blar el imperio haciendo morir tantos millares de fieles. Estos » edictos no llevan ya la antigua fórmula de que: *Muera todo » el que se confiese cristiano; mas solamente: será atormentado » hasta que renuncie á su fe.* Bajo de esta aparente dulzura » ocultaba el demonio meridiano un fuego mas peligroso. Y en » efecto, ¿cuántos que hubieran padecido valerosamente una » muerte pronta, se han dejado abatir á la vista de suplicios » tan prolongados? » No se habia levantado contra la Iglesia tempestad tan furiosa como esta. Príncipes, gobernadores, pueblo, senado, todo lo que habia grande entre los Romanos concurría á la vez para borrar de la tierra el nombre de cristiano. Estaba convencido Decio de que el cristianismo era incompatible, segun su esencia, con el espíritu y constitucion

del imperio. « Los magistrados suspendian todos los procesos » particulares ó públicos para ocuparse en el gran negocio: el » arresto y suplicio de los fieles. Las sillas de hierro hechas » ascua, los garfios de hierro, las hogueras, la espada, las » fieras, todos los instrumentos inventados por la crueldad de » los hombres, despedazaban noche y día los cuerpos de los » mártires, y cada verdugo temia no ser aun tan bárbaro como » su compañero. Los vecinos, amigos y parientes se delataban » á los magistrados, y se vendian unos á otros. Estaban cons- » ternadas las provincias, eran las familias diezmadas, queda- » ban desiertas las poblaciones y los desiertos se poblaban » (S. Greg. Niseno, *Vita Thaum.*). A pocas vueltas no bas- » taban ya las cárceles, y fué necesario convertir en prisiones » todos los edificios públicos. » No exageró san Gregorio Niseno en la pintura que nos hizo de la situacion de los cristianos: hasta los mismos autores paganos están acordes en decir que dos cosas se propuso especialmente Decio: detener, por todo el imperio romano, la propagacion del cristianismo y la invasion de los Bárbaros; mas no consiguió ninguna de ambas cosas. La fe salió triunfante de esta prueba; y los Godos, bajo el mando de Cuiva, se apoderaron de Nicópolis y de Marcianópolis, tomaron por asalto Filipópolis, degollaron cien mil habitantes y se llevaron gran muchedumbre de prisioneros ilustres á vista del mismo Decio, impotente para evitar tamañas desgracias.

2. Mas los reveses de sus armas no hicieron sino redoblar la cólera de Decio, que los atribuía á las impiedades de los cristianos. En Roma, Moisés y Máximo, sacerdotes, Nicostrato, diácono, y muchedumbre innumerable de fieles atestaban todos los calabozos y prisiones del Estado. Los santos Abdon y Senen, persas, santa Victoria y santa Anatolia, romanas, derramaron su sangre por Cristo. San Alejandro, obispo de Jerusalen, anciano venerable, fué conducido á Cesarea, al tribunal del gobernador de la Palestina, y puesto en grillos en una cárcel, en donde murió por los malos tratos y ultrajes que le hicieron. En Antioquia, fué encarcelado su obispo san Babilas, y

quiso ser enterrado cargado con las cadenas en cuyo tormento murió. Orígenes, cuya reputación le designaba como una de las más nobles víctimas, fué arrojado á lo más hondo de un calabozo, con una enorme argolla en el cuello y con grillos en los piés, pero puestos en agujeros muy distantes en un cepo para abrirle las piernas y aun la horcajadura. No se le quiso matar, esperando que su caída arrastraría á otros muchos; pero se mantuvo firme y halló modo de escribir cartas muy animosas á sus hermanos, que como él padecían por la fe. En Comana, su obispo Alejandro, cuya elección hemos referido, fué quemado vivo. Alejandría, en cuya ciudad acababan de ser cruelísimamente perseguidos los cristianos en el año anterior, vió renovarse las más sangrientas escenas. El aspecto de los verdugos intimidó gran número de fieles, especialmente entre las altas clases, y hubo gran número de apostasías violentas: los unos se dejaban llevar pálidos y trémulos á los altares de los falsos dioses; algunos pocos sin embargo se presentaban presurosos, diciendo que no habían sido jamás verdaderos cristianos. Los que se dejaban llevar á las cárceles, esperaban apenas un día, y no pudiendo aguantar más, sacrificaban á los ídolos: y de estos cristianos frágiles, los que no sucumbían á la primera prueba, sucumbían á la segunda. Sin embargo la fe contó allí muchos y muy ilustres mártires. Julian, anciano muy enfermizo, y Euno, se resistieron valerosamente á todas las amenazas: se les montó en camellos y se les hizo dar la vuelta por la ciudad azotándolos; y en fin, se les arrojó á una hoguera, en torno de la cual danzaba el populacho insultando las sagradas víctimas. La misma suerte cupo á san Macario, egipcio. Fueron también quemados vivos Epimaco y Alejandro, después de haber sido azotados, desgarrados con garfios de hierro y padecido mil tormentos más. Fueron degolladas cuatro mujeres, Mercuria, Dionisia y las dos hermanas Amonarias. Heron, Atero, Isidoro y Nemesio, egipcios, y cuatro soldados, llamados Amon, Zenon, Ptolomeo é Ingenuo, fueron quemados vivos. Un niño, llamado Dióscoro, fué conducido ante el juez, quien, después de haber pretendido inútilmente vencerlo con lisonjas

y tormentos, admirado de su valor y de la cordura de sus respuestas, acabó con darle la libertad por causa de su edad: « la » cual, decía el juez, no le permitía ser responsable de su conducta. » Un cristiano, llamado Isquirion, era mayordomo de un magistrado que le mandó sacrificar á los dioses; mas habiéndose negado á ello, el bárbaro dueño echó mano de una estaca, con la cual le atravesó las entrañas y le mató á sus piés. San Dionisio, obispo de Alejandría, se libró, como por milagro, de caer en manos de los perseguidores que ya le habían apresado, y se guareció en un campo desierto, desde cuyo retiro consolaba y gobernaba su iglesia, por medio de sacerdotes y diáconos fieles que habían hallado medio de conservar con él secretas relaciones. Así es como habiendo sucedido á un alboroto pasajero la persecución general en Alejandría, acabó de probar y acrisolar la virtud de los siervos de Dios. Durante la sedición popular, solo se encontró un apóstata, cuando al contrario se hallaron pocos fieles verdaderos después del edicto de Decio: porque es más fácil resistir á un levantamiento popular, que se prevé ha de pasar pronto, que á una potencia soberana, contra la que no queda otro recurso que una fe humilde y generosa, que espera en Dios y lo sufre todo por su nombre.

San Gregorio Taumaturgo, en Neocesarea en el Ponto, consiguió conservar á todos los fieles de su jurisdicción en la fe y valor de verdaderos siervos de Cristo. Aconsejó á los cristianos sustraerse con la fuga de los peligros de la persecución, y él mismo se retiró á un valle desierto, donde eludió la vigilancia de los esbirros enviados en su busca. Los verdugos se vengaron llevándose presos muchedumbre de cristianos que se habían retirado en los campos vecinos. Todos confesaron valerosamente la fe, y algunos tuvieron la dicha de dar por ella su vida; entre otros un noble joven llamado Troadio, el cual, después de tormentos horribles, recibió la corona del martirio.

3. Todas las iglesias del Asia tuvieron muchedumbre de valerosos cristianos, incontrastables en medio de los tor-

mentos. San Máximo, san Pedro de Lamsaco, se presentaron al martirio. Este último, jóven y de extraordinaria belleza, recibió la orden de sacrificar á la diosa Venus. « Me extraña, » respondió, el que un magistrado quiera forzarme á adorar á una infame prostituta, cuyos actos fueron otros tantos crímenes, siendo vuestra mision castigarlos donde los halláreis. » A la vista de esta entereza, el procónsul le hizo tender en una rueda entre piezas de madera pegadas á su cuerpo con cadenas, y de tal modo dispuestas que la rueda, volteando, le quebrantaba poco á poco los huesos. El valor del héroe cristiano no se desmintió un solo instante en suplicio tan cruel, y por fin le mandó cortar la cabeza el procónsul. Saliendo de esta ciudad *Óptimo*, nombre del procónsul, se llevó consigo para la ciudad de Tróada otros tres cristianos, Andrés, Pablo y Nicómaco: mas este, lleno de una imprudente presuncion, se puso á gritar que era cristiano. Los dos compañeros, mas modestos, aguardaron al interrogatorio, y respondieron humildemente que adoraban tambien á Cristo. Hizo tender á Nicómaco en el potro, mas no sintiéndose con fuerzas para sufrir tal tormento, exclamó en medio de la tortura: « Yo no he sido jamás cristiano; yo sacrifico á los dioses. » El procónsul mandó desatarle inmediatamente, pero el desgraciado apóstata no gozó de la vida que quiso redimirse, y espiró. Entre la muchedumbre de espectadores se encontraba una jóven vírgen llamada Dionisia, de cerca de diez y seis años, y exclamó: « ¡Cómo, infeliz! por un momento de descanso, te precipitas en las llamas eternas! » Esta generosa expresion la hizo conducir ante el procónsul, que trató de intimidarla con horribles amenazas. « Mayor es mi Dios que tú, respondió Dionisia; y puede darme fuerzas para padecer todos tus suplicios. » Mandóla llevar el procónsul á una casa de prostitucion, y volvió á la cárcel á Pedro y Andrés. Por milagro del divino poder salió Dionisia pura de la casa de corrupcion, y la degollaron al dia siguiente: Pablo y Andrés, entregados al pueblo, tan feroz como los verdugos y las fieras del anfiteatro, fueron azotados públicamente por las

calles, atados por los piés y llevados á rastra, cabeza abajo; y en fin fueron apedreados en un arrabal.

Si insistimos en la relacion de tantos horrores, renovados siempre con igual valor de un lado, y barbarie de otro, en toda la extension del imperio, es para añadir mas fuerza al argumento de la divinidad de la Iglesia, sacado de la violencia de las persecuciones. La filosofía del pasado siglo trató de poner en duda las atrocidades de los emperadores paganos, y quiso ponerse del lado de los verdugos contra los cristianos: es pues muy importante restablecer los hechos con toda su sangrienta veracidad. A este largo martirologio pudiéramos añadir otros nombres ilustres. En Esmirna, al santo sacerdote Pionio; en Cesarea de Capadocia, á san Mercurio; en Melitina de la Armenia, á san Polieucto, estos dos últimos oficiales del ejército romano; en Pérgamo, á san Carpo, obispo de Tiatira, con sus compañeros; en Licia, á san Cristóbal y á san Temistocles: este último apacentaba sus ovejas en un bosque á donde fué á refugiarse un cristiano. Prefirió morir á delatar el retiro del proscrito. En la Ionia, á los siete durmientes: esto es, á siete hermanos que por huir de la persecucion salieron de Éfeso, y se retiraron á una cueva en donde fueron encerrados y se durmieron así en el Señor. En la Panfilia, á san Néstor, obispo de Sida, con san Conon, hortelano, y muchos otros. En la isla de Creta, á san Cirilo, obispo de Gortina, y diez mártires mas. En Nicea de Bitinia, á los santos Trifon y Respicio; en Nicomedia, de la misma provincia, á los santos mártires Luciano y Marciano. En Sicilia, en fin, á la ilustre vírgen y mártir santa Águeda. Esta santa era tan distinguida por su nacimiento como por sus virtudes. El gobernador, enamorado ciegame de su hermosura, la hizo arrestar como cristiana y la puso en manos de una mujer de mala vida para corromperla. Este cálculo infame no cuajó; y en un interrogatorio en que le hablaba el gobernador de la nobleza de su nacimiento: « La mas ilustre nobleza, le dijo la santa, y la verdadera libertad es ser siervo de Jesucristo. » Como le mandase adorar á los dioses: « ¿Os gustaria, le respondió,

» que vuestra mujer fuese una Venus; ó vuestra esposa desearia acaso que fueseis vos un Júpiter?» El gobernador, sin responderle, le hizo herirla en el rostro y volverla al calabozo. Al día siguiente padeció el tormento con tanto ánimo, que el juez, irritado, añadió el horrible suplicio de arrancarle los pechos. Dios quiso hacer brillar la gloria de su sierva; pues que en la noche siguiente se halló milagrosamente curada. En fin, cuatro días despues dió su espíritu en medio de los tormentos, diciendo esta oracion: « Señor y Dios mio, que me » habeis protegido desde la cuna, vos habeis desarraigado de » mi corazon el amor del mundo, y dádome la paciencia para » padecer: recibid pues, Señor, mi alma. »

4. No queremos omitir un rasgo que contrasta con tales y tantas crueldades, relativo á san Acacio, obispo de Antioquia en la Pisidia. Fué conducido ante el procónsul Marcion, con Pison, obispo de Troya, y el sacerdote Menandro. « Debeis » amar seguramente mucho á nuestros príncipes, dice el pro- » cónsul, vosotros que vivís bajo la legislacion romana. — » ¿Y quién ama mas al emperador que los cristianos? respon- » dió Acacio. Rogamos continuamente por él, para que viva » muchos años, gobierne los pueblos con justo poder, y goce » de paz en su reinado: rogamos tambien por los soldados, y » en fin por todo el universo. » El santo obispo continuó hablando con tanta cordura y á propósito, que el procónsul creyó ser de su obligacion dirigir la sumaria de este interrogatorio al emperador. Decio quedó admirado; puso en libertad al obispo, y dió como recompensa á Marcion el gobierno de la Panfilia. Se saca de este hecho una leccion profunda; pues que nos muestra en accion la verdadera política de los cristianos, que solo tienen por armas la oracion aun en pro de los gobiernos que les persiguen. Es la expresion de san Pablo: *Obedite præpositis vestris etiam dyscolis*. Si en el curso de la historia aparecen sucesos contrarios á esta regla general á primera vista, no fuera difícil hacer observar que acontecian en una sociedad profundamente modificada y cuyas bases eran cristianas. Los fieles no eran ya entonces, súbditos de un lado,

y de otro cristianos. Se confundian entonces ambos deberes: eran súbditos de Cristo, de quien se proclamaban ministros los reyes mismos; y esto es lo que se queria expresar admirablemente por la expresion, muy en boga en aquel tiempo, de *república cristiana*. Veremos mas tarde la aplicacion de esta doctrina.

5. Paralelamente á estos ejemplos de valor que en todos los puntos del mundo daban los mártires y confesores, la Iglesia deploraba defecciones terribles. El obispo de Esmirna, Eudemon, indigno heredero de los grandes santos que habian inmortalizado esta silla, cayó en la apostasia, y arrastró con su caída gran número de fieles. Reposto, obispo de Soturno en África, Jovino y Máximo, cuya silla no es conocida en la misma provincia, y Fortunaciano de Asuro, tambien en África, sacrificaron igualmente á los ídolos. En España, Basíliques, obispo de Leon, y Marcial, obispo de Mérida, declararon por acta pública que renunciaban á la fe. Pero, fuera de Alejandria, ninguna ciudad presenció mas de esas apostasias dolorosas que la ciudad de Cartago. La furia de los paganos se desfogó toda contra el obispo san Cipriano: ¡*Cipriano á los leones!* tal era el grito general en el circo y en el anfiteatro. El santo obispo creyó que con retirarse apaciguaria la sedicion; mas fué proscrito, puesta en precio su cabeza, y confiscados sus bienes. Desde su retiro asistia, cual si estuviera presente, á su rebaño con sus exhortaciones y ruegos; mas tuvo el amargo dolor de ver inutilizados en gran parte sus piadosos esfuerzos. Hé aquí cómo se explica: « A las primeras amenazas del enemigo han hecho traicion á su fe gran » número de nuestros hermanos; y no por la violencia de la » persecucion, sino por caída voluntaria. Sin que ni aun se les » hubiera preso ó preguntado, clero y pueblo acudian de sí » mismos á la plaza pública, cual si hubiesen estado espe- » rando la ocasion de apostatar. Se presentaron á renegar del » cristianismo en tanto número, que los magistrados querian » citarlos para el siguiente dia, porque era ya tarde el en que » se presentaron; pero les suplicaban no se dilatase su abju-